

En la despedida de Manolo del Campo

Manuel F. de la Cera

Es fácil constatar la importancia que, para los asturianos trasterrados, tiene nuestro folklore tradicional. Pérez de Ayala cuenta que, en una de sus estancias juveniles en Londres, tenía un amigo que, en su habitación, había colocado, colgada, una gaita. “Dudo –señala el gran escritor- que se pueda mirar a una mujer con tanto amor y ahínco como yo miraba aquella bendita gaita”. Se trata de un sentimiento generalizado entre nuestros paisanos del exterior. Podrá decirse que el patriotismo de “gaita y tambor” es insuficiente, que la proyección externa de Asturias debe contener, hoy, otros aspectos, económicos, sociales, culturales, además del viejo folklore; pero en ningún caso se acepta en los Centros Asturianos ni una palabra que haga de menos a nuestros bailes o a nuestros cancios tradicionales. Desde una perspectiva externa, baste señalar que la pérdida de alguna de esas formas de cultura popular empobrecería el acervo inmaterial: si hubiese un olvido generalizado, un esquecimiento por parte de todos del baile del pericote se trataría de una grave amputación en la manera de ser del oriente de Asturias y, en suma, en una pérdida lamentable. Este es el contexto en que hay que inscribir la labor esforzada, de más de medio siglo, de Manolo del Campo, llevando el folklore asturiano, desde el Centro de Buenos Aires a todo el continente americano. También llevó a cabo una labor complementaria, haciendo que los descendientes de asturianos cultivasen el folklore español, en general, y el folklore argentino. Yo no olvidaré nunca una interpretación del folklore de Salta por el grupo Pelayo. De esta forma probaba Manolo del Campo que no existe problema de integración de culturas, cuando se da una información suficiente. Se trata, en definitiva, de una figura –vista desde nuestra perspectiva asturiana- que ha llevado a cabo una labor gigantesca al frente del grupo “Pelayo”, fundado y dirigido por él en el último medio siglo. El mismo Manolo del Campo pidió, en sus palabras postreras, el regreso definitivo a su tierra de Pría para fundirse en el paisaje que, hace 74 años, le vio nacer.

Tuvo innumerables reconocimientos, entre los que hay que destacar, los que correspondieron a Asturias –Medalla de Plata- y a Llanes –Hijo Predilecto-. Sin embargo, los asturianos quedamos en deuda con esta figura irrepetible, que, hoy, vuelve, cumpliéndose su deseo más profundo, tras recorrer un largo camino, como tantos emigrantes asturianos.